

Antonio García Rubio (Toño)

Monasterio de Santa María de El Paular

28741 Madrid

Las aguas atrevidas del Lozoya

5º Domingo de Pascua. 2 de Mayo de 2010.

Introducción.

Un amigo me manda la noticia de Matthieu Ricard, monje budista, considerado el hombre más feliz del mundo (ver más abajo el artículo del diario El Mundo) por los especialistas en neurociencia de la Universidad de Wisconsin (EEUU). Biólogo molecular, hijo de un filósofo ateo, dejó su carrera por abrazar al budismo, y en la actualidad es asesor del Dalai Lama en lengua francesa.

La verdad es que a vosotros, mis amigos, es posible que la noticia os deje fríos, pero a mí me escuece y me apasiona.

Aún recuerdo a Silvio Rodríguez cantando: 'Soy feliz...'

*Soy feliz,
soy un hombre feliz,
y quiero que me perdonen
por este día
los muertos de mi felicidad.*

También recuerdo haber escuchado una tarde, tomando café con Ramira en Miraflores, en la mesa de al lado, a un muchacho joven que les decía a sus contertulios: 'Soy feliz. Yo soy feliz...' Le comenté a Ramira que me resultaba extraño oír así, en los labios de un joven de esta época y de este mundo tan infelices, semejante afirmación, dicha, además, con fuerza vital y con mucho sentido.

Hablando de felicidad, no sería sincero si no reconociera que me preocupa más el problema de la infelicidad de nuestra gente y

también la propia. Me atosiga pensar que se me pasan los años de la vida y no acabo de encontrar la felicidad que tanto y tan reiteradamente busca y anhela mi corazón.

¿Qué sucede? ¿Por qué siempre las mismas historias en juego? ¿Por qué todo tan plomizo, tan pesimista, tan insípido, tan sin-sentido? ¿Qué me - nos pasa? ¿Qué le pasa a esta humanidad tan avanzada?

Recuerdo a José Luís Simón, un compañero sacerdote al que le gustaba repetir a menudo un dicho muy castizo ante lo reiterativo: 'Y vuelta la burra al trigo'. Es verdad: Somos reiteradamente infelices. Tropezamos una y otra vez en la misma piedra, sin que prestemos seria atención a nuestra infelicidad, y especialmente a sus causas.

Hay ocasiones en las que sufrimos mucho sin que acabemos de preguntarnos y de buscar con ahínco las verdaderas causas de nuestro sufrimiento e infelicidad.

Os haré referencia a algo ilustrativo de mi propia vida:

Ahora sé que he sido alérgico al huevo desde mi infancia. Mi niñez y adolescencia fueron enfermizas: cansancios, erupciones, dolores del aparato digestivo... El huevo me mortificó la vida y me hizo crecer como un enfermo sin solución. He trampeado con la salud y la enfermedad como he podido, con la ayuda siempre agradecida de mis amigos médicos. A los 50 años la situación era insostenible. No se nos ocurrió estudiar, reflexionar o deducir la posibilidad de una alergia. Nunca me observé ni investigué sobre las causas de mi mal. Lo daba por hecho. Como una especie de castigo resignado por ser vivo.

Cuando una persona no está bien y sufre cualquier mal, deficiencia o injusticia, en lo profundo de su ser se ve acompañada por un rictus de tristeza y un toque constante de infelicidad. Uno puede llegar a tener la misma sensación de un condenado que arrastra una pesada condena de la que nadie le librará. ¡Cuántas personas estarán en esta situación en este momento, por unas causas u otras, unas conocidas y otras desconocidas, unas por las que se lucha y otras ante las que muchos se entregan, unas a las que acabamos acomodándonos y otras que nos escuecen, maltratan o humillan cada día. Yo sobrellevé mi enfermedad como Dios me dio a entender, desarrollando la fe y la confianza en su Misterio. Ahí, curiosamente, mantuve la esperanza de

vivir y de superar. Sólo en Él, en esos años, encontré motivo para sobrevivir y levantarme cada mañana, dolorido, pero con dignidad. No perdí la esperanza ni la confianza. Al final, en la década de mis cincuenta, hubo desvelamiento, hubo luz.

Pero, ¿qué sucede en la vida de otra gente? ¿Qué felicidad le cabe a un hambriento, a un violentado, a un parado, a un desesperado, a un sin techo, a un heroinómano, a un canceroso, a un desahuciado, a un enfermo de la mente...?

¿Cómo puede un hombre roto por el dolor o la violencia comenzar a experimentar eso que todos buscamos, y que llamamos 'felicidad'?

¿Cómo es posible que cualquiera de vosotros, amigos, podáis experimentar el gozo de la vida, la alegría de vivir, la felicidad, cuando sentís de modo tan opresivo y tan aplastante la realidad social, política, económica, familiar e incluso personal, cuando empezáis a percibir las goteras, las pequeñeces y las insatisfacciones de la vida?

Lo que nos da a entender la historia del monje budista, declarado el hombre más feliz del mundo, es que el gozo de la existencia y la alegría vital de vivir, están ahí, presentes, aunque no tengamos conciencia de ellos, en el fondo del ser, y brotan solas y de por sí cuando hay armonía en el ser humano. Con el tiempo, y una salud equilibrada a nivel físico y espiritual, podemos comenzar a sentir algo parecido a lo que puede ser la felicidad humana, la simple, llana y amable felicidad de una vida sana, proporcionada y vivida desde la hondura del alma con dignidad.

Yo, que intento ser monje en la tradición cristiana, al descubrir a un monje de la tradición budista elegido por una Universidad como el hombre más feliz del mundo, pienso en mi monacato y en mi anhelo de felicidad, como os pasa a vosotros y nos pasa, desde vidas y circunstancias distintas, a la inmensa mayoría de los seres humanos. ¿Soy yo feliz? ¿Si investigaran mi persona en una universidad me encontrarían feliz?

Reconozco, delante de vosotros, que no puedo quedarme sólo ahí.

El sufrimiento y los dolores de la humanidad son tan grandes para tantos en la historia presente: terremotos, riadas, paro, crisis, hambre, falta de oportunidades, deshumanización, enfermedades, división, enfrentamientos, violencias, rupturas, incomprensiones..., que hablar de la felicidad da un poco de rubor.

No sé si fuera de algunos privilegiados budistas, el resto de los ciudadanos nos consideraríamos con derecho si quiera a expresarnos o dejarnos estudiar de esa manera.

Los cristianos que tenemos peor fama y estamos mucho peor vistos que los budistas en el mundo occidental y en la cultura postmoderna, acabamos de celebrar humildemente en la Semana Santa la CRUZ de Jesucristo: ¿Escándalo? ¿Necedad?

Para nosotros: sabiduría y camino de vida abundante, senda de resurrección y de felicidad. El que da la vida, la encuentra. El que se queda con ella, la pierde. Así de escandaloso, así de necio, así de sabio, así de novedoso, así de grande. Alma grande la de Cristo...

La felicidad es don, y ha de llegar, así lo creemos, de la mano Dios. El trabajo humano pretende asumir, integrar, comprender el dolor, acercarse cada día, de la mano del Señor, a los fundamentos sólidos de la existencia. Esos que nos dan una perpleja sensación de paz y de buenos y santos sentimientos.

Con la libertad responsable y la fraternidad trabajada, al hilo de la gracia de Dios, de todos y cada uno de los hijos e hijas del Padre de la misericordia, llegará la plena felicidad.

Mientras tanto, hemos de avanzar por caminos de cruz y de alegría, los que son propios de la naturaleza humana.

Cuando lo que hacemos cada día, al cargar con la cruz propia y un poco con la ajena, está bien asentado en el misterio del Dios que ama y se nos da entero, entonces comenzamos a percibir destellos de una paz del alma que nos permite considerar cercanos al umbral de la felicidad: el Reino de Dios inaugurado por Jesús.

Pero esto dependerá mucho de cada personalidad, de sus condicionamientos y su sensibilidad, y de su trayectoria humana y de fe.

Dejar a un lado los pensamientos negativos es una de las grandes batallas de nuestros días. Y no es tarea fácil ni para los monjes. Es

evidente que si eso sucede la posibilidad de vivir más centrado en lo bueno, lo sano, lo noble, lo bello, lo positivo y lo santo es evidente. Y no olvidéis que el hecho de cargar con la cruz no está reñido con la alegría y el contento. Al contrario, el que la carga con decisión y a impulsos del Espíritu de Jesús, sabe que ese es el camino de la felicidad y de la paz. Esa es la tarea y la meta.

Sólo el que cargó con la cruz y fue llevado como oveja al matadero, el que guardó silencio y perdonó, el que consumió el sufrimiento hasta la última gota, fue capaz de arrasar con su humildad y su fidelidad a la muerte, y sólo Él y así, renació victorioso y feliz, y pudo ofrecer un camino de verdadera felicidad a cuantos invocan su nombre y siguen sus pasos.

¡Que la Pascua continúe provocando vuestra felicidad!

Que estos días de Mayo, llenos de luz y de colorido, aumenten en vosotros las sensaciones y los buenos olores del Resucitado. Y que las atrevidas aguas del Lozoya y sus violetas sigan invitándoos a una vida digna.

Dad besos a vuestros hijos.

Toño.